

**Escrito por: narrador**

**Resumen:**

Si tal y como lo escribí, yo soy la esposa de un afamado banquero, que por cosas del destino, y por un mal cículo por parte de &eacute;l, terminí preso. Como yo no tenía ningún conocimiento de lo que mi esposo supuestamente hizo, poco les puedo decir al respecto. Lo que si les dirí, es que nuestros abogados me recomendaron ocultarme, ya que ni tan siquiera teníamos dinero para pagar la fianza de &eacute;l, mucho menos la mía. Que todo se trataba de un mal entendido, pero mientras todo se resolvía lo mejor era que yo desapareciera del paisaje.&nbsp;

**Relato:**

Tras explorar, y rechazar varias opciones, Don Josí uno de nuestros abogados, me propuso que me fuera a una de sus haciendas, pero para no llamar la atenciín, me colocaría como cocinera. Cosa con la que al principio, no me gustí para nada. Pero debido a la circunstancias, era mucho mejor que estar detenida mientras se clarificaba todo. Ademís tengo un Míster en administraciín y confecciín de alimentos, aunque realmente nunca me hizo falta trabajar, hasta ese momento. &nbsp; Bueno desde que lleguí a la hacienda de Don Josí, me hice cargo de la cocina, debía preparar el desayuno, almuerzo, y cena, como para una treintena de peones, que trabajaban con las reses. Al principio, todo iba bien, pero poco a poco, me fui cansando y como a los dos o tres meses, comencí a dejar de arreglarme. Estaba deprimida, todo me molestaba, incluso hasta los mís tontos cumplidos, que recibía por parte de la mayoría de los trabajadores, me indignaban. Lo peor de todo era que no tenía informaciín alguna, con respecto al caso de mi esposo. Ya a los cuatro meses no era ni la sombra de la que yo era cuando lleguí a ese lugar, ademís de haber adelgazado, por el mucho trabajo que tenía, como no tenía ni tan siquiera donde comprar mi tinte favorito para el cabello, mi rojiza cabellera comenzí a poblarse de desagradables canas. Mis largas y delicadas uñas de seda, se me fueron cayendo una a una, y como no tenía donde comprar otras, me quedí con las mías propias, pero sin esmalte, o tan siquiera una buena lima de uñas para darles forma.&nbsp;&nbsp;&nbsp; En cuanto a mi ropa, para no dañar la poca que pude llevar, me acostumbre a usar una bata casera, que de tanto usarla, y aunque la lavaba casi a diario, las manchas de aceite, caf&iacacute, y quien sabe que mís, le daban una sucia apariencia. En fin, yo estaba hecha, un desastre. Ademís para colmo de males, tenía varios meses sin saber de mi esposo, y mucho menos de estar en la cama con &eacute;l. Ya cerca del quinto mes fue que me sucedií algo que me sací por el techo, como quien dice. Uno de los



me puse mi otra bata, sin más nada abajo. Cociné, y ninguno de ellos hizo el menor comentario, ni insinuación sobre lo que me había sucedido la noche anterior. Yo me sentí como unos veinte años mucho más joven, alegre, y completamente llena de energía. Y de manera descarada, contrario a lo que había hecho desde que llegué, comencé a coquetear abiertamente, con todos y cada uno de los hombres de la hacienda. No pasaron ni quince minutos que comencé a limpiar después del desayuno, que uno de los peones mientras yo lavaba los platos se me acercó, abrazóndome por detrás. Al sentir su cuerpo contra el mío, de inmediato pensé en decirle que se había equivocado, que yo no estaba dispuesta hacer nada. Pero a medida que comencé a sentir su dura y caliente verga por encima de la tela de mi bata y de su pantalón, lo primero que se me ocurrió fue decirle. Espérame en la parte de atrás, que termine de lavar, y te alcanzo. Realmente lo que hice tan solo fue dejar en remojo los platos sucios, y de inmediato me dirigí a la puerta trasera de la cocina. No había terminado de salir, cuando ya me encontraba entre sus brazos, yo misma me subí la bata al tiempo que le daba la espalda, apoyando mis manos contra el marco de la puerta trasera de la cocina. Casi de inmediato comencé a sentir su sabroso y duro miembro, penetrando mi coño desde atrás, al tiempo que sus manos me sujetaban con fuerza por mis caderas. La que yo movía como si estuviese poseída, restregando mi coño y mi cuerpo contra el suyo, al tiempo que él no dejaba de meter, y sacar toda su sabrosa verga de mi coño, una y otra vez. Para mí era algo increíble, en mi vida nunca le había sido infiel a mi esposo, pero en esos momentos, poco me importaba lo que los mismos peones pensarán de mí. Lo que deseaba profundamente era continuar siendo, sabrosamente cogida por cualquiera de ellos. Ya desde ese instante, nada más bastaba que cualquiera de los trabajadores, se me acercase, me agarrase, el culo, las tetas o mi mismo coño, para que yo gustosamente les abriese las piernas, o me pusiera a mamar sus vergas. Había momentos en que dos o tres de ellos se ponían de acuerdo, y esperaban pacientemente a que terminase de limpiar, y en algunas ocasiones hasta me ayudaban, para que al terminar, sin importar donde fuera, dejase que los tres a un mismo tiempo me hicieran feliz. Nunca gracias a Dios, hubo una pelea, o discusión por causa mía. Y pienso porque desde un principio les dije a todos, que yo era mujer de todos, y de ninguno, a la vez. Como al día de estar escondida en la hacienda de Don José, de momento él se apareció. Y antes de que alguien le fuera con el chisme, yo misma le conté lo que pasaba. El viejo abogado de mi esposo lo único que me dijo, fue. Tu marido sale en un par de meses, y tu caso ya se resuelve, por lo que no tienes que seguirte escondiendo aquí. Pero cuando quieras regresar ya sabes esta es tu casa. Haciendo los trámites para sacar a mi esposo de la cárcel, él me presentó a quien

primero me dijo que era su amigo, luego me dijo que gracias a esa persona estaba vivo, que se hab&iacute;a convertido en su guarda espalada, y por &uacute;ltime se le escapo decirme, que adem&aacute;s de ser su protector, tambi&eacute;n dentro de la prisi&oacute;n ese tipo era su marido. &nbsp;Yo por mi parte no le cont&eacute; nada de lo sucedido en la hacienda de Don Jos&eacute;, pero una vez que regresamos a la normalidad, ocasionalmente uno que otro fin de semana, me doy mi escapadita, ya se pueden imaginar a donde.&nbsp;